

JORNADAS DE CIENCIA Y RELIGIÓN

25-27 DE SEPTIEMBRE 2003.

UNIVERSIDAD PONTIFICIA DE COMILLAS

Tema: *Diálogo entre teología y cultura científica: El caso Darwin. Un enfoque epistemológico.*

W. R. Daros

Resumen: En esta ponencia se recuerda las relaciones que han existido entre los enunciados derivados de la revelación y los derivados solamente de la observación y razón humana. En este contexto, el caso Darwin resulta epistemológicamente paradigmático. Si se admite el principio de inmanencia, según el cual las cosas observables de este mundo son de este mundo y se explican con este mundo, sin recurrir a nada exterior a él, se está partiendo de una toma de posición a priori que excluye toda presencia de algo superior a lo observable por los sentidos. La hipótesis de que este mundo se explica con este mundo no requiere nada más que este mundo y todos los hechos quedan cortados para adecuarse al lecho de Procusto empirista. La epistemología darwiniana nos pone ante la disyuntiva de admitir o bien que Dios creó las especies fijas y estableció un orden en el universo; o bien admitir que éstas varían por un ciego proceso de selección natural. Ahora bien, por la exigencia lógica del *modus tollens*, dado que existe la selección natural, no existe entonces la necesidad de postular la creación de especies fijas ni admitir un orden en el universo el cual tienda a una finalidad previamente establecida. Popperianamente nos podríamos preguntar ¿cuándo, en qué condiciones, podría ser refutada esta afirmación? Estas cuestiones urgen, pues, no solo a “dedicarse a hacer buena ciencia”, sino además a tener en cuenta los supuestos epistemológicos subyacentes, sin lo cual no podemos hablar de “buena ciencia”.

Introducción

1. La relación amistosa-enemistosa entre la teología y la cultura científica es muy antigua y ha sido sometida a distintos intentos de separación o reconciliación, tanto desde aquellos que, en un extremo, la ven como una relación contradictoria, a aquellos, en el otro extremo, que la consideran como una misma cosa con apenas matices diferenciadores. Son conocidos los casos como Tertuliano, Lutero, Kierkegaard y en cierto modo Unamuno, según los cuales, si se tuviese que elegir entre las noticias que nos trae la revelación o las que nos descubre la ciencia entonces la curiosidad debe ceder su lugar a la fe (*cedat curiositas fidei*). Mas no faltan autores como Filón el Judío, Orígenes, Voltaire, que, por el contrario, en el enfrentamiento entre estos dos contricantes, han dado prioridad a la investigación por medio de la razón. Hoy tenemos no pocos científicos que se atienen a los resulta-

dos de la ciencia como a los únicos confiables, como el premio Nobel Francis Crick, quien desea abordar los temas tales como la existencia del alma y de la existencia de Dios con el método científico. "Tú, tus gozos y tus penas, tus memorias y tus ambiciones, tu sentido de identidad personal y tu libre albedrío, no son más que el comportamiento de un vasto ensamblaje de neuronas y sus moléculas asociadas", nos dice Crick¹. Se permite, además, sostener que si hay un Dios, su existencia debiera poder ser demostrada mediante la aplicación del método científico.

El intento de mantener por separado, ante casos contradictorios, a la fuente de la revelación y a la razón, como dos fuentes auténticas, legítimas e incommunicables, ha tenido pocos seguidores, dada la prestancia y fuerza del principio de no contradicción, en nuestra cultura letrada: dos afirmaciones contradictorias no pueden pretender ambas ser verdaderas. No obstante, hoy Gould, en su permanente defensa de una ciencia libre de interferencias externas, admite que el supuesto conflicto entre religión y ciencia no tiene lógica alguna, puesto que cada una tiene su propio magisterio. La ciencia se rige por la investigación empírica, mientras que la religión propone los valores morales y trascendentes. Su teoría denominada NOMA (*Non Overlapping MAgisteria*) otorga la misma importancia a ambas fuentes, considerándolas dignas de igual respeto, independientes entre sí y por lo tanto libres de interferencias recíprocas².

Las posiciones que más vigencia han tenido han sido las conciliadoras: primero, la agustiniana según la cual hay que creer para entender, dado que la misma fe busca entender; y la tomista luego, fundada en el supuesto que Dios es el autor tanto de la revelación sobrenatural como el que otorga la luz de la inteligencia para la investigación. La solución tomista era, en el fondo, una solución epistemológica que no se quedaba en la confrontación aparente de los enunciados de la ciencia o de la religión, sino que buceaba en las fuentes de legitimación del conocimiento. Esta es la posición que aún hoy tiene vigencia oficial y magisterial: "La verdad no puede contradecir a la verdad"³.

No obstante, al inicio de la Era Contemporánea, el problema que genera pensar la relación, por ejemplo, entre la teología y la ciencia biológica, ha presentado y hecho revivir complejas aristas tanto epistemológicas, como sociales y culturales.

Darwin ha sido, en esto, casi un caso paradigmático. La reflexión sobre el mismo puede aportar luces sobre todo acerca de tener presente en estas cuestiones los supuestos epistemológicos subyacentes.

¿Qué es científico?

2. En la Modernidad, considerar a los conocimientos como científicos posee un prestigio particular.

En la antigüedad, sobre todo en la perspectiva aristotélica que tiene vigencia en toda la Edad Media, era ciencia lo que era lógico, lo que se atenía a las normas del silogismo epistemológico. En el Medio Evo, el contenido de verdad lo daba la revelación, mientras que la forma científica lo ofrecía la filosofía y, especialmente, la lógica. En este contexto, la filosofía y la teología eran saberes eminentemente científicos por su forma. Más aún, por su objeto de estudio a la teología se le llamó "ciencia sacra".

¹ Cfr. CRICK, Francis. *The astonishing hypothesis*. New York, Macmillan Publishing Company, 1994.

² Cfr. GOULD, Stephen L. *Rocks of ages. Science and religion in the fullness of life*. Ballantine Publishing Group, 1999.

³ Cfr. Concilio Euménico Vaticano II, Constitución *Gaudium et Spes*, 36. Juan Pablo II, Mensaje a la Academia Pontificia de la Ciencia. Ciudad del Vaticano, 22 de octubre de 1996.

La ciencia o era la lógica o suponía la lógica. Aún hoy se puede admitir que los principios de la ciencia adquirida no son aún científicos, sino principios para que las conclusiones a las que se llegue lo sean. La ciencia se da en las conclusiones lógicamente sostenidas y, si es una ciencia empírica, ellas requieren, además, empíricamente confirmación o refutación. La ciencia, por su forma de ser y conocer, era la lógica o implicaba la lógica; por su materia de estudio se dividía en muy diferentes saberes. El concepto de ciencia tiene pues una unidad analógica; y podemos esperar de todas las ciencias un proceder lógico, pero no mucho más en común. Los principios (evidentes o hipotéticos) se muestran; las conclusiones se demuestran. El saber de los principios hace referencia a una cierta sabiduría; el saber demostrado en las conclusiones es lo propiamente científico⁴.

3. Partir de verdades reveladas o de principios evidentes y universales (donde el predicado era contenido en el sujeto del enunciado, enunciado en definiciones) era algo que - si razonamos correctamente- nos permitía concluir en verdades: la ciencia era lógica y llegaba a verdades aplicables a casos particulares. Por el contrario, “quien pasa de los singulares al universal por medio de la inducción no demuestra ni ‘silogiza’ con necesidad”⁵.

El saber infundido (mediante revelación externa o internamente por medio de la ciencia infusa), fue perdiendo credibilidad y aceptación, en el clima de la Modernidad - impactada por la duda metódica, por los nuevos descubrimientos culturales, por las nuevas hipótesis- y se pasó a llamar *ciencia* no a lo que se aceptaba como evidente y universal (pues nada parecía ya serlo); sino a lo que se presentaba como un conjunto de enunciados, con un carácter hipotético, y consecuencias o conclusiones demostradas, lógica y empíricamente, como no contradictorias con las premisas hipotéticamente asumidas.

4. En este esquema, el marco teórico era una construcción hipotética, útil para interpretar los hechos. Éstos justificaban o refutaban la construcción hipotética.

La lucidez y el prestigio de Albert Einstein nos pueden ayudar a exponer el moderno concepto de ciencia, con su acentuación en el carácter hipotético de sus enunciados teóricos y con la búsqueda de observaciones que los confirmen o refuten:

“De un modo general, no me agrada todo el aferrarse ‘positivista’ a lo observable, que ahora está de moda... y pienso (como usted, por lo demás) que no se puede fabricar la teoría a partir de resultados de observación, sino sólo inventarla”⁶.

“La ciencia es el intento de lograr que la diversidad caótica de nuestras experiencias sensoriales corresponda a un *sistema* de pensamiento *lógicamente uniforme*. En este sistema cada experiencia debe estar en correlación con la *estructura teórica* de tal modo que la relación resultante sea única y convincente.

Las *experiencias sensoriales* representan lo dado. Pero la *teoría* que tendrá que interpretarlas está hecha por el hombre. Se trata del resultado de un *proceso* de adaptación de carácter extremadamente arduo: *hipotético*, nunca definitivo, siempre sujeto a la *crítica* y a la *duda*.

La manera científica de formar conceptos se distingue de la que utilizamos en la

⁴ Cfr. ARISTOTELES. *Segundos analíticos*, L. I, cap. 2. AQUINO, TH. *Summa Theologica*. I, q. 1, a. 2. SANGUINETTI, J. *La filosofía de la ciencia según Santo Tomás*. Pamplona, EUNSA, 1977, p. 263.

⁵ AQUINO, TH. *In II Post. Anal.* Lect. 4, n.3 - 4.

⁶ EINSTEIN, A. *Carta a K. Popper* (1935) en POPPER, K. *La lógica de la investigación científica*. Madrid, Tecnos, 1977, p. 427.

vida de cada día no substancialmente, sino sólo en la *mayor precisión* de las definiciones de los conceptos y las conclusiones; una elección más esmerada y sistemática del material experimental; una mayor economía *lógica*. Esto último significa el esfuerzo por reducir todos los conceptos y axiomas básicos lógicamente independientes".⁷

Ciencia y religión en el caso Darwin: el problema de las premisas

5. Las religiones más elaboradas de Occidente parten de la aceptación de una fuente que revela verdades, algunas de ellas superiores (*mysteria*) a los solos poderes de la razón natural. Las teologías elaboran con lógica esas verdades y deducen conocimientos, comportamientos o conductas particulares también verdaderas, por lo que las teologías, así elaboradas, toman el carácter de "ciencia"⁸.

Las ciencias, a partir de la presencia del empirismo, han partido de observaciones para inducir afirmaciones generales; pero a éstas se les ha negado lógicamente el valor de verdades necesarias.

Ante tal situación, se ha partido de enunciados hipotéticos (teorías elaboradas por los hombres) y se ha buscado observar empíricamente para constatar la confirmación o refutación de los enunciados teórica e hipotéticamente asumidos. Los hechos, datos, observaciones han asumido entonces un papel más humilde pero no menos importante, en la estructura analógica de lo que llamamos "ciencia".

6. El diálogo entre el mensaje de la religión y el conocimiento científico pasa entonces inevitablemente por un *planteamiento epistemológico previo*. Esto implica poner en claro cuál es el concepto de ciencia (o de valor de los conocimientos) que está en juego. Implica poner en claro qué admite un científico como válido.

Lo que podemos conocer y lo que no podemos conocer es un tema problemático, porque requiere definir qué es conocimiento y cuales son sus posibilidades.

El *empirismo* decidió, por ejemplo, *a priori* que lo que los hombres pueden conocer es todo aquello que cae bajo el campo de alguno de sus sentidos. Podríamos resumir el principio filosófico del empirismo de la siguiente manera: "Nada que no haya estado en los sentidos, puede estar en la inteligencia"⁹.

¿Qué podemos conocer con verdad? Esta pregunta parece establecer dos ámbitos del conocimiento: lo que se conoce o se puede conocer (con verdad) en algún tiempo o circunstancia (*Gnosis*), y lo que no se conoce ni se sabe si hay algo o alguien que se podrá conocer (*Agnosis*), pero que, no obstante, se puede creer que exista, aunque no se tienen pruebas racionales y razonables para valorar la verdad de lo que se cree.

El problema de *agnosticismo* no es, pues, simple: implica una previa concepción de la inteligencia humana y de su capacidad para descubrir los límites propios, o sea, de lo que se puede conocer y de lo que no es cognoscible. Ahora bien, este problema puede tener dos intentos de solución: a) uno *teórico* y estrictamente filosófico por lo que se debe indi-

⁷ EINSTEIN, A. *Los fundamentos de la física teórica en Mis ideas y opiniones*. Barcelona, Bosch, 1981, p. 291-292. Cfr. DAROS, W. *Introducción a la epistemología popperiana. Con prefacio de Darío Antiseri*. Rosario, Conicet-Cerider, 1998, p. 44.

⁸ Cfr. DAROS, W. *La analogía en el concepto de ciencia aristotélico-tomista en Sapientia*, (Bs. As.), 1984, Vol. 39, p. 19-37.

⁹ Cfr. DAROS, W. *Hacia la construcción del principio del empirismo en VERITAS* (Puerto Alegre –Brasil), 2001, n° 2, p. 309-330.

car *qué se entiende por inteligencia y cuál es su límite*, sobre todo en relación con el sentir; b) otro *práctico* que consiste en decidir y definir, por medio de la voluntad, en qué sentido se toma el concepto de inteligencia y, en consecuencia, qué se puede esperar entender y qué no.

7. Darwin ha sido una de esas mentes científicas que, no obstante poseer una relevante cantidad de datos observados (especialmente los obtenidos en la expedición realizada en el Beagle) ha tenido que *construir una teoría* (ayudado de la concepción de R. Malthus en su ensayo sobre la población).

“Después de mi regreso a Inglaterra me pareció que, siguiendo el ejemplo de Lyell en la Geología y coleccionando todos los hechos que mostrasen de alguna manera la variación de los animales y de las plantas, domésticos y salvajes, quizás podría arrojar alguna luz sobre la totalidad del asunto...

Cómo podría aplicarse la selección a organismos que vivían en plena Naturaleza, siguió siendo durante algún tiempo un misterio para mí.

En octubre de 1838, esto es, quince meses después de haber comenzado sistemáticamente mis averiguaciones, sucedió que por entretenimiento leí *Population* de Malthus, y estando bien preparado para apreciar la lucha por la existencia que por todas partes se desprende de la observación prolongada de las costumbres de los animales y de las plantas, al instante me llamó la atención que bajo estas circunstancias las variaciones favorables tenderían a conservarse mientras que las desfavorables serían destruidas. El resultado de esto sería la formación de nuevas especies. Aquí entonces había obtenido al fin una *teoría...*”¹⁰

La teoría es siempre el eje de una investigación, la que une y da sentido a los datos observados. Ella posee, en su inicio, un carácter hipotético, pero luego, tras el hallazgo de nuevos hechos sugeridos por la teoría, ella se afirma más en la mente de los científicos y da pie al surgimiento de fenómenos constantes o leyes científicas (como será “la selección natural” para Darwin).

Darwin estimaba que había encontrado datos observables suficientes como para sostener la hipótesis de la evolución de las especies, mediante el recurso de la selección natural o sobrevivencia del más adaptado al medio.

Elaborada su hipótesis, los datos observados lo convencieron de que la selección natural era una *ley natural*, una constante manifestación de la naturaleza viviente. Mas esta ley ciega parecía hacer innecesaria la aceptación generalizada de la creación de las especies por parte de Dios y de un plan divino que regiría el universo.

8. Asa Gray era un apreciado estudioso de la comunidad científica norteamericana y mantenía correspondencia epistolar con Darwin. Darwin esperaba incluso que Gray hiciese el prefacio a la segunda edición de la obra *El origen de las especies*. Pero Gray estimaba que la teoría de Darwin podía admitir la existencia de un *designio o plan* de Dios no obstante el proceso evolutivo. Darwin le escribió al respecto, en este intento por mantener la idea de un *designio*, afirmando que esa idea de preordenar (*to preordain*) el proceso evolutivo era “un tema totalmente más allá del alcance del intelecto humano”. Afirmaba Darwin

¹⁰ DARWIN, F. *Autobiografía de Darwin* O. C., p.71-72. Cfr. LEITH, B. *El legado de Darwin*. Barcelona, Salvat, 1992.

que no podía ver evidencia de este designio (sobre todo benéfico, como lo veían otros), pareciéndole más bien que “existía mucha miseria en el mundo”. Sostenía que no veía la necesidad de la creencia “de que el ojo fuese expresamente planificado”¹¹.

9. La mayor dificultad para admitir la existencia de un Dios con un plan o designio, parece ser que se hallaba en que esta admisión implicaría tolerar la idea de que *Dios planificaba también la muerte y las miserias humanas*. El 3 de julio de 1860, en una carta a Gray, Darwin le escribía:

“Una palabra más sobre ‘las leyes designadas’ (*designed laws*) y ‘resultados sub-signados’ (*undersigned results*). Yo veo un pájaro que deseo para comerlo, y tomo mi escopeta y lo mato: yo hago esto en forma planificada (*designedly*). Un hombre inocente y bueno que yace bajo un árbol y es muerto por un rayo, ¿cree usted (y yo realmente querría oírlo) que Dios planificadamente (*designedly*) mató a este hombre? Muchas o la mayoría de las personas lo creen; yo no puedo y no quiero creerlo... Sin embargo, como le dije antes, yo no puedo persuadirme a mí mismo que la electricidad actúa, que los árboles crecen, que el hombre aspira a más sublimes concepciones, todo ello desde la fuerza ciega y bruta”¹².

Esto le ha hecho interpretar a Sara Joan Miles, (poseedora de un *master* en Biología y Educación Cristiana, y de un doctorado en Historia de la Ciencia), que lo que Darwin estaba dispuesto a aceptar era “un plan o designio sin sufrimiento, teleología sin agonía, un propósito sin dolor”. Pero, para Darwin, una teoría de designio que incluyera y admitiera la presencia del mal y del sufrimiento no era digna de ser aceptada¹³.

Su colega Gray, por su parte, había elaborado una teodicea más compleja. Aceptaba la idea de un Dios diseñador del proyecto o plan general del universo, pero admitiendo también agentes que eran “contingentes y accidentales”. Era admisible entonces que la naturaleza produjese seres eliminables en el proceso de la evolución, como era aceptable que Dios sacara un bien de los males que deberían soportar los justos.

10. El hecho es que Gray consideró siempre (como lo escribió en diversos artículos del *The Atlantic Monthly*, en julio, agosto y octubre de 1860) que “la variación había sido conducida a lo largo de ciertas líneas que la beneficiaron”¹⁴. Pero Darwin, aun aceptando que el artículo de Gray era “admirable”, le contestó como siempre que no podía creer (“*I cannot beleive this*”) en esa conducción de la evolución; y que los intentos de Gray no lograban más que “gratificar el capricho de algunos hombres”.

Darwin mantenía correspondencia con Charles Lyell (1797-1875), fundador de la geología moderna, que, según Darwin, también adoptaba la postura de Gray, admitiendo que “la corriente de variación ha sido conducida o diseñada previamente”.

Darwin le preguntaba a Lyell, con cierto humor, si la forma de su nariz había sido diseñada previamente; y que si lo era, él no tenía nada más que decir; pero habiendo visto lo que lograban los criadores de palomas seleccionando las diferencias individuales en los

¹¹ Cfr. MILES, S. *Charles Darwin and Asa Gray Discuss. Teleology and Design en Perspectives on Science and Christian Faith*. 2001, Vol. 53, nº 3, p. 197.

¹² DARWIN, Charles. *The Correspondence of Charles Darwin*. Cambridge, University Press, 1993, p. 275.

¹³ MILES, S. *Charles Darwin*. O, C., p. 198, 199.

¹⁴ GRAY, Asa. “Natural Selection is not Inconsistent with natural Theology” en *Darwiniana*. Cambridge, MA, The Belknap Press of Harvard University, 1963, p. 121-122. Cfr. MILES, S. *Charles Darwin*. O, C., p. 198.

huesos nasales de las palomas, estimaba que era ilógico, suponer que la selección natural que preserva lo bueno de cada ser haya sido planificada.

Darwin advertía que Gray, para convencerlo de la existencia de un designio o plan divino preexistente, estaba utilizando el recurso del consenso generalizado sobre este tema. “Si un ángel -afirmaba- viniese a enseñarme lo que es bueno, y yo fuese convencido por otros que lo ven, de que yo no estaba loco, yo creería en el designio”. Darwin admitía que *si todo estaba planificado previamente*, ciertamente también la aparición del hombre lo debería estar. Eso era algo lógico. La conciencia interna, afirmaba, aunque es una guía falsa, se lo dice a uno (“*one’s ‘inner consciousness’ -though a false guide- tells one so*”), si bien no lo podía admitir cuando se fijaba en los detalles de las variaciones de la selección natural. Darwin reconocía que se halla intelectualmente en un denso pantano fangoso (“*I am in thick mud*”), luchando entre el sentido común generalizado, los datos científicos que poseía y la teoría que había elaborado.

Darwin advertía claramente que tenía que optar entre: 1) “Asumir que cada variación particular fue desde el inicio del tiempo preordenada (*preordained*)”, o bien, 2) admitir la plasticidad de la organización que conduce a variadas estructuras, a un mejor poder de reproducción y a una selección natural o sobrevivencia del más apto (*to natural selection or survival of fittest*). Admitida la primera hipótesis “de un omnisciente y omnipotente Creador que lo ordena y prevé cada cosa”, la segunda (la selección natural considerada como ley de la naturaleza) se hacía superflua. Esta era, para Darwin, una dificultad tan insoluble y metafísica como el tema del libre arbitrio y la predestinación, y que él no se sentía con fuerzas para resolver¹⁵. El razonamiento lógico (llamado *modus tollens*) implícito era el siguiente: Si existe Dios que lo prevé y ordena todo, entonces la teoría de la selección natural no existe ni es necesaria; pero como ésta existe y es necesaria para explicar los hechos, luego Dios no preve ni ordena los cambios ni su acción es necesaria¹⁶.

11. Darwin no admitía la premisa de que todo estuviese planificado en el proceso evolutivo: los hallazgos de restos y las experimentaciones realizadas por los criadores de animales y cultivadores de plantas, la lógica de utilizar la hipótesis más simple para explicar los datos, eran para él argumentos a favor de la *no predeterminación del curso o proceso evolutivo*. En consecuencia, desde el punto de vista científico en el que trabajada, no admitía la conclusión de la necesidad de postular una Mente preordenadora del proceso.

En medio de la majestad de la selva brasileña, Darwin tuvo la convicción “de que hay algo más en el hombre que la simple respiración de su cuerpo”; pero luego en su vejez, se consideraba daltónico: ya no veía y sentía lo mismo que había sentido en Brasil.

De este hecho, dedujo que la existencia de Dios no podía probarse por el sentimiento, pues éste era cambiante.

12 Darwin se encontraba, por un lado, ante los conocimientos que había adquirido -e incluso producido con su teoría, según la cual no había una finalidad en la evolución de las especies- y, por otro, ante la idea de la existencia de Dios Creador del mundo, que supuesta y tradicionalmente se la admitía con una expresa finalidad al crear, pues lo contrario signi-

¹⁵ DARWIN, Charles. *The Variation of Animal and Plants Under Domestication*. New York, Appleton and Company, 1986, p. 428.

¹⁶ Hoy adhiere a esta posición, y se ha hecho un apóstol de ella, el reconocido científico Richard Dawkins, (*The selfish gene*, New York: Oxford University Press, 1976): "Todo propósito es finalmente dado por la selección natural y este es el credo que quiero expandir".

ficaría admitir un obrar ciego o absurdo en Dios. Ante tal disyuntiva, Darwin decidió admitir la existencia de Dios, incluso como Creador y causa primera de la creación, imponiendo leyes a la naturaleza (como la ley de inercia en física y como la *ley de la selección natural* en la biología); pero, con una acción creadora profundamente sabia, dejaba en manos de las *causas segundas* el modo en el cual se creaba o producía lo creado. En este punto, Gray (que creía que el resultado de la variedad de las especies era un resultado contingente y no necesario) y Darwin coincidían. Gray admitía tanto la causa primera como, con relativa autonomía, las causas segundas. Darwin se atenía a lo que observaba y a la constante ley de la selección natural (las causas secundarias); pero *no podía probar una causa primera*: en el mejor de los casos, podía admitirla. Así, pues, Darwin se expresaba, en un texto casi excepcional, en una de las últimas páginas de su obra *Sobre el origen de las especies*:

“Los más eminentes autores parecen satisfechos con la idea de que cada una de las especies ha sido creada de manera independiente. En mi opinión, concuerda mejor con nuestro conocimiento de las leyes que el Creador ha impuesto a la materia (*the laws impressed on matter by the Creator*) el que la producción y la extinción de los habitantes pasados y presentes del mundo han sido consecuencia de causas secundarias, como las que determinan el nacimiento y la muerte del individuo”¹⁷.

De hecho, Darwin eligió, como epígrafe y sentido de las últimas ediciones de *El Origen de las Especies*, una cita de Francis Bacon tomada del *Advancement of Learning*, según la cual se debe investigar tanto en el libro de la palabra de Dios (*in the book of God's word*), como en el libro de las obras de Dios (*in the book of God's works*).

13. Darwin no deseaba pensar a Dios con la medida de una mente humana estrecha: “¿Tenemos derecho a suponer que el Creador actúa sometido a capacidades intelectuales semejantes a las del hombre?”, afirmaba en su obra *Sobre el origen de las especies*¹⁸. No pocos hombres, para explicar lo que es el ojo humano, recurren a la comparación del mismo con un instrumento óptico que refleja la luz; pero el ojo humano es, material y psíquicamente, muy superior a ese modo de entenderlo.

Por un lado, Darwin sostenía que “si miramos la totalidad del universo, la mente se rehusa a verlo como si hubiese salido del azar, esto es, sin un designio o propósito”. La totalidad del enfoque y la cuestión -admisibile, irrecusable para la mente, y de tipo metafísico- se le aparecía como insoluble e inaceptable desde la perspectiva científica¹⁹.

La idea que más lo acercaba a *postular la existencia de Dios* era la visión del universo físico y biológico (“este inmenso y maravilloso universo”): éste no podía deberse a “una casualidad ciega” y se inclinaba a considerar la existencia de “una Primera Causa, dotada de inteligencia”, análoga a la del hombre, por lo que se consideraba *teísta*, aunque agnóstico, esto es, *creyente en un Dios que hace razonable el sentido del universo, aunque no podía probar ni desaprobar su existencia con razones y silogismos científicos*. Quedaba, pues, Darwin perplejo y abierto al misterio.

¹⁷ DARWIN, Charles. *On the Origin of Species by Means of Natural Selection*. New York, Hurst and Company, 1945, p. 473.

¹⁸ Cfr. DARWIN, Charles. *Textos fundamentales*. Bs. As., Atalaya, 1996, p. 142.

¹⁹ DARWIN, Charles. *More Life and Letters of Charles Darwin*. (Edit by Francis Darwin). New York, Coppleton and Company, 1903, p. 395. Cfr. MILES, S. *Charles Darwin*. O, C., p.199.

“No puedo pretender arrojar la última luz sobre problemas tan abstrusos. El misterio del comienzo de todas las cosas es insoluble para nosotros, y yo, por lo menos, debo estar contento con seguir siendo un agnóstico”²⁰.

En última instancia, Darwin creía en Dios, pero reconocía que justificar su existencia resultaba ser un misterio superior a la inteligencia humana:

“La conclusión más segura me parece a mí que es que todo el tema se halla más allá del alcance de la inteligencia humana”²¹.

Con estas citas, se hace manifiesta la posición de Darwin de *creyente* en la existencia de Dios y, sin embargo, de *agnóstico* en la perspectiva epistemológica.

Conclusión

14. Debemos distinguir, ante todo, un “*hecho científico*” y la *explicación teórica* del mismo. No hay hecho científico sin teoría científica, ni ésta existe como científica sin algún hecho que la verifica, la corrobora, o la somete a refutación.

Hoy los epistemólogos estiman que una teoría es “mejor” que otra si es más precisa, más coherente (en todos los elementos de ella misma y con las demás teorías aceptadas); y si es más amplia pudiéndose extender más allá de los hechos presentes: si explica totalmente más hechos con menos recursos teóricos²².

En el caso de la teoría darwiniana de la evolución, subyacen algunos presupuestos: A) Es mejor explicar los hechos naturales con teorías que excluyan lo sobrenatural que con teorías que lo impliquen. B) Darwin pone como piedra de toque de su teoría que si se encontrase un ser viviente actual que nunca habría padecido cambio respecto de su forma actual de ser, su teoría no tendría valor. Su teoría se prueba, pues, genéticamente, encontrando que un viviente anterior, adaptándose, da más posibilidades de existencia a uno posterior, evolucionando de este modo la especie, que otro que no se adapta y cambia, y cuya especie no ha sobrevivido, pero nos queda su presencia fósil.

15. Desde el punto de vista epistemológico, el primer supuesto es aceptable, siempre que se admita que lo natural explica todo fenómeno humano; y esto supone admitir *a priori* que en el hombre no hay nada sobrenatural. En otras palabras, este supuesto es un supuesto inmanentista afiliado al empirismo: el mundo, esto es, lo que nos rodea tiene en sí mismo su explicación. No hay que explicar la historia saliendo de la historia, ni este mundo saliendo de este mundo.

Aun en las decisiones prácticas siempre está presente un principio teórico que da valor y sentido a la práctica. *Admitido el principio del empirismo*, nuestro mundo es eso que nos rodea, del que desconocemos sus límites, sujeto a la posibilidad de ser objeto de algún sentido humano.

Aun en el caso de que hubiese algo, pero que no pudiese ser objeto de los sentidos,

²⁰ DARWIN, F. *Autobiografía de Darwin, seguida de recuerdos de la vida diaria de mi padre y la religión de Darwin*. Bs. As., Nova, 1945, p. 176, 177.

²¹ DARWIN, F. *Autobiografía de Darwin*. O. C., p. 169.

²² KUHN, Th. *La tensión esencial*. Madrid, FCE, 1982, p. 345. POPPER, K. *Conocimiento objetivo. Un enfoque evolucionista*. Madrid, Tecnos, 1974, p. 26-28. POPPER, K. *Desarrollo del conocimiento científico. Conjeturas y refutaciones*. Buenos Aires, Paidós, 1967, p. 138, 47, 270.

sería lo mismo que no existiese: no podría ser conocido por el hombre. Dicho en otras palabras: no hay nada trascendente a la vida humana y a su capacidad empírica de conocer. Esta posición filosófica implica lo que podríamos llamar “*el principio de inmanencia*”: la realidad es lo que se da en el ámbito de nuestros sentidos, ni más ni menos.

La vida humana es eso que *podemos conocer con nuestros sentidos* y no tiene nada que los trascienda. Si postulamos algo existente más allá de nuestros sentidos, no es más que un postulado, producto de la fantasía humana.

Del empirismo se deriva, pues, el *principio del agnosticismo*, que podría formularse de esta manera: “No podemos afirmar ni negar nada, como conocido, que no podamos probar con datos que provienen de nuestros sentidos”. Pero como los datos que proceden de los sentidos están sometidos a la subjetividad de cada sujeto, en realidad no hay conocimiento objetivo posible.

La sensación no es más que la modificación del sentir del sujeto. Sólo podemos superar el sujeto si conocemos que hay algo más allá de la sensación, causante de la misma e independientemente de ella; pero en este caso abandonamos el valor absoluto de la sensación y debemos admitir la objetividad del conocimiento. El empirismo, sometido a crítica, no deja de ser una posición epistemológica ingenua.

16. Lo que se pone en duda, en la teoría darwiniana, por parte de sus opositores, es que ella explique *totalmente* el hecho humano. Para algunos *filósofos dualistas* (estos es, que distinguen el sentir del pensar; la materia del espíritu), la teoría darwiniana *explicaría la evolución somática*, pero no el origen del espíritu (el cual desde los tiempos de Aristóteles se consideraba como algo distinto de la materia, por su capacidad de pensamiento abstracto y reflexivo).

Darwin puso claramente de manifiesto el método de la ciencia: un provechoso entreluzo entre la *observación* (con sus datos, sus hechos: en particular, las variaciones de los seres vivientes) y la *teoría*. Según esta teoría, no se dan especies fijas -ese fijismo es un concepto abstracto-, sino vidas singulares con constantes cambios que se heredan y algunos resultan ser más beneficiosos que otros para que los sucesores puedan sobrevivir mejor que otras vidas que no adquirieron esos cambios beneficiosos. *No hay nada espiritual que suponer en un viviente singular*; el mismo pensamiento es una prolongación y evolución de las formas de sentir y recordar, como ya lo había afirmado el empirismo. Es esto lo que los filósofos dualistas no están dispuestos a admitir: Darwin toma como un hecho -pero no lo prueba- que una idea sea lo mismo que una sensación. La teoría de la evolución de Darwin no explicaría entonces *todo* el hecho humano. El recurso a la costumbre, a la imitación, a la tradición acumulada o a la cultura, como ya lo habían hecho los empiristas, no parece ser una explicación de que el ser de una sensación sea lo mismo que el ser de una idea, con solo una diferencia de intensidad²³. Para un empirista, explicado el origen de la sensación queda también explicado el origen de las ideas (porque éstas serían las mismas sensaciones aunque menos vivaces) y todo el ser del conocimiento. Pero para los filósofos dualistas, la sensación es solo la *materia* para conocer el contenido del conocimiento, pero no queda explicada la *forma* (universal, inteligible) del conocer, lo que metafóricamente se llamó “la luz” de la inteligencia. La inteligencia necesita de las sensaciones pero no se reduce a ellas,

²³ “All the perceptions of the human mind resolve themselves into two distinct kinds, which I shall call *impression* and *ideas*. The difference betwixt these consists in the degrees of force and liveliness, with which they strike upon the mind, and make their way into our thought or consciousness” (HUME, D. *A Treatise of human Nature*. London, Collins, 1962, Book I, part I, Sec. I, p. 45).

como el espíritu humano necesita del cuerpo pero no se reduce a él.

Dicho de otra manera, si entre el hombre y el animal, la vida es la misma, entonces no hay nada que los distinga *en su ser*; solo hay que explicar las formas de los órganos de la vida y su diversa manifestación en el tiempo. Bajo este supuesto, la teoría darwiniana sería una teoría que explicaría totalmente el ser del hombre.

17. La teoría darwiniana no se probará solamente por la cantidad de “hechos” que aporta, haciendo notar las leves diferencias y cambios que se dan entre los vivientes anteriores y los posteriores; se requiere, además, probar que con estos cambios es todo lo que se da y no se necesita de nada más para explicar el *ser* o la naturaleza del viviente. Esto requiere que se acepte previamente que la *sensación es todo* lo que constituye la vida del viviente y de todo viviente. Se halla aquí presente la milenaria lucha intelectual entre quienes admiten que las ideas tienen un *ser distinto e irreductible* al de las sensaciones y quienes no admiten esa diferencia de ser. Si la inteligencia humana tiene algo que produce las ideas y éstas son distintas de las sensaciones, entonces se requiere una intervención (creadora) en un momento de la evolución que justifique el pasaje del animal al humano. Ésta es una cuestión filosófica que Darwin como científico no podía contestar; pero dado que asumió, además, una posición empirista, estimó que el pensamiento y la cultura humana podían explicarse con el recurso a pequeños cambios de conductas.

18. Para las generaciones anteriores a Darwin, las leyes científicas expresaban la sabiduría de Dios que al crear el mundo le estableció leyes, instrumentos y manifiestan una finalidad. Mas Darwin proponía, en biología, otra interpretación: la ley de la selección natural era ciega, sin finalidad previa alguna. Si había que admitir a Dios, había que admitirlo creando la ley de la selección natural.

La propuesta de Darwin tenía *consecuencias*. Por un lado, parecía hacer inútil la hipótesis de la existencia de lo espiritual en el hombre y la exigencia de un creador del alma humana. Por otro, esta propuesta implicaba supuestos filosóficos que no siempre fueron expuestos con claridad por Darwin. En primer lugar, como mencionamos, Darwin daba por sentado supuestos del *empirismo filosófico* que no discutía: a) *la sensación es lo mismo que la idea* con una sola diferencia de grado, no de naturaleza; todo conocimiento puede explicarse por la costumbre, la memoria y el hábito adquirido; b) *la naturaleza -lo que hoy es el hombre- del hombre se explica por su origen*: el hombre es el producto de una ciega selección natural, en línea compartida con otros vivientes; c) el hombre no es ni inferior ni superior a otras especies: es simplemente una que, como las otras, *no tiene privilegios biológicos*.

19. Hay, en la concepción de Darwin, epistemológica e implícitamente, un *supuesto empirista*, común a los científicos de las ciencias naturales: los conocimientos valen si se pueden probar, y algo se puede probar si tiene un referente empírico indiscutible²⁴. Evidente es solamente un objeto sensible, y como todo lo sensible es limitado y temporal, no sirve para probar nada suprasensorial, como por definición es Dios o el alma espiritual.

Si “por *demonstración* se entiende la deducción de una verdad de otra verdad ya admitida por indudable”²⁵, cuando en el ámbito de la ciencia no se admite ninguna entidad y

²⁴ Cfr. DAROS, W. *La débil base empírica de nuestra ciencia empírica en Diálogos*. Revista del Departamento de Filosofía de la Universidad de Puerto Rico. Julio 2001, n° 78, p. 75-106.

²⁵ ROSMINI, A. *Nuovo Saggio sull'origine delle idee*. Intra, Tipografía di P. Bertolotti, 1875-1876, n° 235, nota.

verdad como indudable, infinita o absoluta, resulta imposible demostrar un Ser absoluto.

El empirista, paradójicamente, tomando por objetivas sus sensaciones, en realidad cae en un *subjetivismo*, porque las sensaciones son solo la mutación del sujeto (individual o grupal) que siente: el empirista se convierte, entonces, en la medida de todas las cosas. Desde los supuestos del empirismo nunca se podrá ni probar ni desaprobado la existencia de Dios; solo se podrá ser -si se es honesto- agnóstico.

20. No cabe duda de que la evolución es una *teoría* y como toda teoría es *un medio de explicación*. La teoría explica los hechos y permite encontrar más hechos, y éstos confirman la teoría; pero miles de confirmaciones -según Popper- no hacen a una teoría verdadera, sino que nos persuaden a nosotros de que la realidad debe ser como la estamos pensando; sería, sin embargo, suficiente un caso en contra para refutarla. Mas este círculo de hechos y teorías sería vicioso, si no encontrase alguna forma de validación que nos indicara que la interpretación de los hechos no es subjetiva y arbitraria. En no pocos casos, no es fácil decidir si una teoría es verdadera o falsa, y se la usa hasta tanto no se tenga otra que explique más hechos con menos principios.

El problema se halla en que debe explicar los hechos y los hechos no son tales sin una teoría. Para quien parte admitiendo que el hombre es solo un animal, la evolución, la teoría darwiniana parece adecuada. Quien, por el contrario, estima que la animalidad del hombre *no constituye a todo* el hombre, advierte que la explicación darwiniana no es suficiente para explicar a todo el hombre. La teoría de la evolución tiene, entonces, diverso alcance según el marco teórico en el que se la considere.

“He llegado a la conclusión -afirmaba Karl Popper- de que el darwinismo no es una teoría científica contrastable, sino un programa metafísico de investigación: un posible marco conceptual para teorías científicas contrastables”²⁶.

21. Resulta muy difícil negar que la razón de la existencia de una especie viviente actual se debe a lo bien adaptada que está. Si no hubiese estado bien adaptada, no habría sobrevivido. Los restos fósiles, estudiados por la paleontología, parecen probarlo. El indicador empírico de “adaptación” está dado por el “actual éxito en sobrevivir”. Ahora bien, la teoría de la evolución quedaría refutada si se encontrase una especie mal adaptada (o sea, con imposibilidad para sobrevivir) y que sobrevive, lo cual por definición es imposible, absurdo, contradictorio. Esto significa que nos hallamos ante una teoría metafísica (válida en abstracto en sus conceptos), pero no científicamente empírica, esto es, refutable. Todo hecho parece confirmarla: los sobrevivientes porque demuestran su capacidad de adaptación y los no sobrevivientes pero fósiles que indican su incapacidad. Esta teoría, según Popper, explica la evolución “en principio”, pero no puede predecir ninguna en particular²⁷. Los “hechos” ya están impregnados de teorías (interpretaciones) y, a veces, las explicaciones son *viciosas*: dan por probada la teoría que hay que probar; el hecho justifica la teoría y la teoría interpreta siempre al hecho. Si alguien cree, o tiene la teoría de que Neptuno encrespa las aguas, podría afirmar. “El mar está encrespado (hecho) porque Neptuno está enojado” (teoría). Si se le preguntara: ¿Cómo sabe que Neptuno está enojado? ¿Cómo sabe que su teoría es buena?, respondería: ¿No ve que el mar está encrespado? ¿No ve el hecho?

²⁶ POPPER, K. *Búsqueda sin término*. Madrid, Tecnos, 1977, p. 227.

²⁷ POPPER, K. *Búsqueda sin término*. O. C., p. 232-233.

Epistemológicamente, toda *teoría* implica una relación entre datos iniciales (o “hechos”) y la interpretación (leyes, axiomas, teorías). En este contexto, si se acepta como un hecho la diversidad de los vivientes se busca entonces una interpretación causal de esa variación. El creyente en la Biblia ha interpretado esta diversidad como producto de la creación de las especies por parte de Dios. Un darwiniano interpreta este hecho como producto de la ley de la selección natural. ¿Qué ventaja tiene la teoría darwiniana sobre la bíblica? La teoría darwiniana responde mejor a los *supuestos epistemológicos modernos*; uno, entre ellos, el derivado de la navaja de Occam y del empirismo: no hay que crear hipótesis difíciles de probar empíricamente, cuando los mismos hechos pueden explicarse con hipótesis con más respaldo empírico. Un creyente -al no tener una visión reduccionista e inmanentista de la realidad y ateniéndose al texto bíblico- podría utilizar es apotegma en forma contraria: no hay que aceptar hipótesis complejas (como la darwiniana y, que además no explica la totalidad de los hechos, como la espiritualidad del hombre) cuando se pueden utilizar hipótesis más simples (como la creacionista).

El darwinismo, según Popper, se presenta como una explicación última, sin posible refutación, en la cual hay que creer. Cabe notar, sin embargo, que Dobzhansky y otros biólogos no aceptan que la concepción de la selección natural sea tautológica: posee aspectos sometibles a experimentación y verificación²⁸. Teodosio Dobzhansky ha sido un evolucionista y un creyente, aunque no pensaba la intervención de Dios de modo milagroso, pero sí como presente en todos los eventos, significantes o insignificantes, que se producen en el proceso evolutivo²⁹.

22. Darwin, si bien se incluye parcialmente en la mentalidad moderna mecanicista, la modifica pues el universo biológico ya no puede ser pensado simplemente como la relación entre el reloj mecánico y el relojero³⁰. El científico moderno explicaba el mundo descubriendo sus leyes y no hacía hipótesis sobre las causas ocultas. Era más acorde con Darwin pensar que Dios dejó que la vida misma tratara de sobrevivir dando origen, sin intencionalidad alguna, a diversas formas o especies evolutivas.

Surgió así la idea de que la vida, a imagen de Dios, pero sin finalidad previamente establecida, es creadora. En este punto, la controversia teológica ha sido variada.

“Para los escrituristas literales, no podía haber compromiso con la evolución. El Génesis describe la creación, de una vez para siempre, de las especies en la forma en que se encuentran en la actualidad y si Darwin sostenía que las especies se transforman es que estaba sencillamente en un error...”

Pero había muchos otros autores para los que la Escritura permitía la aceptación de la evolución. La mayoría de los autores protestantes distinguían en el Génesis entre ideas religiosas y la cosmología antigua según la cual esas ideas religiosas eran expresadas... (Había) afirmaciones que ellos no creían incompatibles con la descripción de la evolución en cuanto que ésta es la manera como Dios creó al mundo...

Aunque Roma, en un principio, no puso buena cara a la evolución... poco a poco fue definiéndose en su ámbito una posición en la que se reconocía la descendencia fi-

²⁸ Cfr. DOBZHANSKY, T. Y otros. *Evolución*. O. C., p. 504.

²⁹ Cfr. GREE, J. – RUSE, M. *On the nature of the evolutionary process: The correspondence between Theodosius Dobzhansky and John C. Green* en *Biology and Philosophy*, 1996, n° 11, p. 463.

³⁰ Cfr. CASSIRER, E. *Filosofía de la Ilustración*. México, FCE, 1985, p. 61. LEOCATA, F. *Del Iluminismo a nuestros días. Síntesis de las ideas filosóficas en su relación con el Cristianismo*. Bs. As., Ediciones Don Bosco, 1999.

sica de antepasados animales, pero en la que se defendía su unicidad como ser espiritual”³¹.

Una dificultad adicional -que no es posible tratar aquí- la ha generado la concepción de la transmisión del pecado original, que de uno (Adán) se extendió a todos (Rom. 5,12-19; Ef. 3,2). Sobre este punto, los creyentes se inclinan a admitir que “sabemos que el hombre es obra de Dios, pero ¿sabemos cómo Dios ejecutó su obra?”³². Darwin, en este contexto, afirmaba, al final de su obra *Sobre el Origen de las Especies*, como probable que “todos los seres orgánicos que vivieron sobre la tierra hayan descendido de una cierta forma primordial en la cual sopló por primera vez la vida”.

De hecho, el magisterio católico no considera más “la teoría de la evolución una mera hipótesis”, admitiéndose la posibilidad de una *continuidad física entre los vivientes*; mas salvando, sin embargo, una *diferencia ontológica y discontinuidad metafísica* en el hombre respecto de los otros seres³³. Los teólogos e investigadores católicos admiten hoy que Darwin ha sido “un óptimo observador de la naturaleza”, un “investigador riguroso y un pensador agudo”³⁴.

23. En este contexto, la dignidad del hombre, entonces, no decae: es el producto de una conquista de los vivientes, aunque en sus inicios fue un camino seguido ciegamente, torpemente.

Algunos filósofos cristianos trataron de pensar los supuestos filosóficos de esta cuestión, mientras los científicos buscaban hechos. Antonio Rosmini (1797-1855) murió antes que Darwin publicara su obra *Sobre el origen de las especies* (1859). Rosmini, que es designado hoy como un ejemplo significativo en el camino de la búsqueda filosófica³⁵, sostenía que había que distinguir: a) la generación corporal del viviente del b) elevarse a la condición de hombre espiritual e inteligente.

Este filósofo admitía que el “elemento animal” del hombre, en cuanto sujeto viviente, “puede entenderse que se multiplica al modo de los otros animales”³⁶. La providencia divina -perenne acto creador que está fuera del tiempo- debía pensarse como la que interviene, otorgando la *idea del ser* (principio metafísico, no sensible pero sí inteligible) a un sujeto que es ya principio del sentir, “elevándose así al grado de alma intelectual”, quedando el alma distinguida de la materia corporal. En el sujeto prehumano, se dio entonces una “transmutación” y cambió su naturaleza, adquiriendo el poder (en potencia) del conocer humano. Quedaba de este modo salvada, en el hombre, una *diferencia ontológica y metafísica* respecto de otros seres. Lo que separa al hombre de los así llamados “homínidos” no es una diferencia tan sólo física; la diferencia física es gradual, secundaria y accidental al respecto. *Es pensable una continuidad física, con una discontinuidad metafísica* la cual cambia el ser profundo del hombre dándole posibilidades nuevas que requerirán tiempo para ser empleadas y manifiestas.

³¹ BARBOUR, I. *Problemas sobre religión y ciencia*. Santander, Sal Terrae, 1991, p. 123. Ya antes de Darwin, los Protestantes admitían que los primeros libros de la Biblia “were simply not to be taken as literal descriptions of scientific reality”. Cfr. RUSE, M. *Can a Darwinian be a Christian? The Relationship between Science and Religion*. Cambridge, University Press, 2001, p. 55.

³² CRUSAFONT, M. – MELENDEZ, B.- AGUIRRE, E. *La evolución*. Madrid, BAC, 1985, p. 956.

³³ Cfr. GIOVANNI, PAOLO II, “Messaggio alla Pontificia Accademia delle Scienze” en *Osservatore Romano*, 24 ottobre, 1966, 7, n° 4, 26. SERRA, A. “Le origini biologiche dell’uomo” en *La Civiltà Cattolica*, 1998, IV, p. 16.

³⁴ SERRA, A. “Le origini biologiche dell’uomo”. O. C., p. 17.

³⁵ JUAN PABLO II. *Carta encíclica Fides et Ratio*. 1998, N° 74.

³⁶ ROSMINI, A. *Antropologia in servizio della scienza morale*. Milano, Bocca, 1954, n° 815.

Rosmini pensaba al hombre como un sujeto único que siente (su cuerpo y los otros cuerpos a través del suyo) y que entiende (al menos el ser indeterminado, y con el cual y con los sentidos el hombre se forma otras ideas). La idea del ser no tiene necesidad de multiplicarse, porque una idea puede ser entendida por muchas mentes sin que la idea misma tenga que multiplicarse. Si se admite que la creación -que es pensada como un acto continuo de Dios, fuera del tiempo en el cual comienza a estar la creatura- entonces la creación de cada hombre puede ser entendida a partir de un sujeto que siente (animado y animal) y que recibe con el eterno acto creador la idea del ser o luz de la inteligencia cuando su cuerpo se ha organizado conveniente y genéticamente.

24. Hans Küng, al final de su voluminosa obra *¿Existe Dios?*, tratando el tema de la intervención de Dios en el mundo, sostiene que, según “la opinión de destacados biólogos, una intervención inmediata sobrenatural de Dios” en la aparición de la vida humana, “parece hoy más innecesaria que nunca”. El proceso evolutivo no incluye ni excluye un Creador (un Alfa) ni un sentido y meta última (Omega). No obstante, aun el científico no puede eludir preguntarse y darse una respuesta acerca del sentido último de todo el proceso evolutivo biológico y cósmico. Ahora bien, admitir un fundamento y un sentido primordial a todo el proceso evolutivo, “representa una opción de fe”. La aceptación de un sentido le otorga racionalidad al mundo; la negación del mismo “lleva al absurdo”³⁷.

Un Ser Superior debe ser incluido para explicar los fenómenos para los cuales no es posible dar una explicación natural o científica; por ejemplo, a la pregunta formulada por el filósofo Leibniz: ¿Por qué existe algo y no más bien nada?³⁸

25. Estimamos que queda esclarecido que, al tratar los temas acerca de las relaciones entre los enunciados de la teología y los de la cultura científica, *el enfoque epistemológico es de capital importancia* para advertir qué se está suponiendo, qué supuestos quedan implícitos, qué se está dispuesto a admitir, especialmente en relación con el conocimiento, su alcance y su valor. No es suficiente admitir que el científico se dedique a “hacer buena ciencia” y la teología a interpretar luego los descubrimientos de la ciencia³⁹; el enfoque epistemológico acerca del propio saber científico es fundamental.

³⁷ KÜNG, H. *¿Existe Dios?* Madrid, Cristiandad, 1989, p. 882.

³⁸ Cfr. RUSE, M. *The origin of life: philosophical perspectives*. J. Theor. Biol. 187, 473-482, 1997. DYSON, Freeman. *Origins of life*. Cambridge, University Press, 1999. SMITH, J Maynard y SZATHMÁRY, E. *The origins of life*. New York, Oxford University Press, 1999.

³⁹ Cfr. VICUÑA, Rafael E. (Profesor de la Facultad de Ciencias Biológicas en la Pontificia Universidad Católica de Chile): “Las ciencias naturales colaboran con la teología” en *Teología y Vida*. 2002, V. 43, nº 1, (Santiago de Chile).